

Educación, Cultura y Poesía¹

Prof. Augusto Casola²
augustocasola@hotmail.com

Educación

Sin ser pedagogo, me interesó siempre la educación, porque considero que en ella se sustenta el conjunto de elementos capaces de definir el desarrollo de un país, porque un país se refleja en sus habitantes y éstos son el resultado de la educación que reciben en la familia, en el ambiente donde les toca vivir, en la enseñanza que se les provee y el aprendizaje que son capaces de absorber; este último, el aprendizaje, es el resultado de las tres capacidades precedentes.

El aprendizaje es un proceso dinámico y su mayor o menor resultado proviene de la solidez de los cimientos que le dan la familia, el ambiente y la escuela.

El conocimiento y la capacidad de realizar un análisis crítico de la historia, la capacidad de comprender la lectura de cualquier texto y de sintetizarlo, la capacidad de evaluar lo que reciben de las autoridades educativas y que favorezcan, no que destruyan sus posibilidades de futuro, ese debe ser el norte de la joven generación, para no dejarse engañar pasivamente por enunciados descabellados y propuestas absurdas, provenientes de donde fuere.

Solamente ellos, los jóvenes, pueden sacudir la modorra pasmada en la que se encuentran sumidos y de donde las autoridades responsables de la educación no se preocupan demasiado por sacarlos. Todos adoptan poses que pretenden esconder la incapacidad de ofrecer un plan educativo serio a los jóvenes de hoy, de los cuales, dos generaciones ya fueron engañadas con la falacia de una Reforma Educativa que no condujo sino a ahondar la incapacidad para

1 Disertación presentada en la Feria del Libro de Caaguazú, 2011

2 Escritor, miembro del Pen Club

la comprensión y el análisis, estimulando la indisciplina, la irregularidad y la mediocridad rampante tan fácilmente identificable.

En *El Semanario* (febrero de 1860) se lee: «*El pueblo tiene dos gustos depravados: la adulación y la mentira*» y «El pueblo no escucha sino a aquellos que lo aman». ¿No parece que hay una contradicción? Si lo uno es cierto, la segunda proposición parece una burla, si el pueblo se solaza con la lisonja a los poderosos, a quienes aplauden sus mentiras, en lugar de optar por aquellos que lo aman y se interesan en su bienestar. O será que hemos llegado a un punto tal donde cualquier posibilidad de creer en lo que nos dicen los políticos y dirigentes de turno ni siquiera merecen un ápice de credibilidad y es mejor moverse en el chiquero de «la adulación y la mentira», para ver si ensartamos algo en nuestro anzuelo, sin importar de dónde venga ni a quién le cueste, porque nada es gratis, en eso al menos hemos de coincidir todos.

¿Será que llegamos a un punto tal donde nuestro afán se reduce a poseer bienes, sin importarnos otra cosa que el bien en sí? Les comento que cuando yo era joven, teníamos sueños, ideales, deseos de algo mejor para nuestra patria y luchamos por ello. Cuando se es joven es un imperativo tener sueños e ilusiones. Después pasó el tiempo y cada uno siguió su camino. Algunos líderes y grandes luchadores acabaron por convertirse en los peores adulones y chupasangres, cuando tuvieron la oportunidad.

Hoy no observo esa energía juvenil en busca de justicia, sustentadora de ideales, la rebeldía que demuestre que todavía corre sangre por las venas de los adolescentes y no esa mezcla de dejadez y violencia, mezclada con alcohol y furia de la cual hacen gala cada vez que se les presenta la oportunidad.

Es sincero el Dr. Cecilio Báez cuando dice: «*Eduquemos al pueblo por la instrucción y por los actos de buen gobierno, porque un pueblo se desmoraliza por los atentados gubernativos, se corrompe por el despotismo y se cretiniza por la falta de instrucción*». En términos que tal vez no posean la elegancia de la prosa de Báez, esta misma perorata la venimos escuchando desde que tenemos memoria. Con la cual nos obsequian los poderosos de turno para hacernos creer que les importa realizar un gobierno probo, que concentre su esfuerzo en el tan mentado pueblo en busca de reducir el nivel de cretinización

al que le condujeron a lo largo de su historia, desde la llegada de los jesuitas, siguiendo con la época independiente del Dr. Francia, los López, y todo el largo etcétera que abarca a los demás gobiernos consecutivos que jamás hicieron nada por efectivizar los discursos huecos a que nos someten y en los que desde hace tiempo nadie cree.

«El arte, la política, el quehacer cultural, deben beber los sumos mejores de la nacionalidad. El proceso tiene este itinerario: de lo nacional a lo universal y no a la inversa», lo dijo Herib Campos Cervera (1888 - 1937) y lo cito precisamente. La falencia se encuentra dentro del esquema que nos presentan, con los nuevos espejitos del Internet, la globalización y las diferentes reformas y ajustes educativos, hijo del maridaje de intereses mezquinos y la insaciable codicia de quienes pueden darse el lujo de engañar impunes a la juventud, seguros de que en ella no van a encontrar resistencia, porque la tiene sujeta a las riendas del poder y a la corrupción del dinero. Saben imponer sus caprichos a un cuerpo docente hambreado, movido por sindicatos mezquinos que solamente han conseguido beneficios para los pequeños grupos que los conforman, ante la mirada atónita de sus representados --cada vez más maltratados por propios y extraños-, porque, a fuer de sinceros, hemos de reconocer que los docentes son sus peores enemigos, objeto de burla y escarnio a través de la prensa que no profundiza en el problema y se reduce a señalar falencias sin preocuparse en descubrir las causas de las mismas, que son la insuficiencia de salario adecuado que les permita estudiar y mejorar, sin que sea la supervivencia su principal objetivo. Un cuerpo docente sujeto a la arbitrariedad de directores y supervisores, que arbitran, no sé si a su antojo o cumpliendo órdenes superiores, los esquemas más perversos que puedan imaginarse en la educación.

Cultura

Todo esto nos induce a señalar que en tales condiciones, el nivel cultural en que nos movemos no pueda ser sino menos que mediocre.

Para que podamos apreciar el valor y el sentido de las raíces culturales de nuestra patria, el Paraguay, es necesario recibir una educación adecuada, conducente a un trabajo serio de investigación que transforme las costumbres archivadas en viejos diarios y fotos de época, los barrios en los cuales cada vez restan menos casonas coloniales capaces de despertar la imaginación, los libros

y las conversaciones con los viejos memoriosos que restan, en vivencia capaz de despertar el entusiasmo por lo que algunas vez fuimos, con nuestras grandezas y miserias; con nuestro heroísmo y nuestras locuras; con todo aquello, en resumen, que hacen de la nacionalidad motivo de orgullo y de amor. Mantener vigente la cultura nacional exige un esfuerzo continuo, un trabajo de cada día, no la simple acumulación de actos recordatorios del Bicentenario, que una vez pasado, ni siquiera habrá servido para que comprendamos las causas que movieron a rememorar los acontecimientos que se iniciaron en 1811.

Es obligación de todos conocer y mantener presentes los avatares de nuestra historia y para ello no es suficiente encender, cada 100 años, luces de colores. El patriotismo se lleva dentro del corazón, no en la escarapela que gustamos lucir en el pecho y de la que hacen escarnio muchos de aquellos que cada día se burlan del ciudadano común e incumplen la palabra empeñada tantas veces. Todos, en todo momento, debemos tener presentes las raíces de nuestra nacionalidad, cuáles son las circunstancias que le dieron forma; cuáles, las falencias que nos condujeron al momento presente y cuáles, las posibilidades y estrategias para librarnos de la odiosa telaraña que nos inmoviliza: el miedo.

El miedo es un fantasma. No existe. Basta con dar un paso hacia él para que se desvanezca y, sin embargo, cuán difícil es darlo tras haber vivido sometidos por siglos, a la omnipresencia del miedo. El miedo paraliza porque amenaza nuestros intereses más nobles. Se teme perder el empleo; se teme a las sombras nunca superadas de la delación; se tiene miedo a exigir los propios derechos, mil veces conculcados por la mentira, que bien administrada por la ambición y sustentada por la ignorancia, hace que esa persona que debe cubrir sus compromisos con la familia, con el Estado y con las deudas adquiridas para lograr un cierto nivel de bienestar, transija con el silencio cómplice al que dan por descontados los que a su turno ostentan el poder y poseen la inmoralidad de valerse de ello en su provecho.

Pero ya es hora de hablar. Ya es hora de oponer a los paniaguados de turno la fuerza de los derechos que a cada uno le corresponde como ciudadano, como persona y como paraguayo. La cultura permite el conocimiento que sirve para desenmascarar a los embaucadores, por eso la temen. La cultura es un arma peligrosa cuando la administra gente inteligente y honesta consigo mis-

ma y con los demás. La cultura es la herramienta más adecuada para desarmar las viejas trampas desde sus cimientos estructurados con la sólida argamasa del miedo y la ignorancia.

Por eso los ímprobos le temen a la cultura, que da capacidad de análisis y de crítica. Es cuestionamiento, es enfrentar al miedo con la espada de la razón, la adarga del conocimiento y la pica de la justicia. A eso le temen los malos gobiernos. A eso le temen los falsos apóstoles. «*Cuando me hablan de cultura, saco mi pistola*» decía Goering, el lugarteniente de Hitler. Stalin desterraba a la Siberia a los intelectuales rusos disidentes con su doctrina comunista. Los dictadores son todos iguales, sean de derecha o de izquierda, no pueden soportar la crítica ni permitir un participar de un diálogo razonable, porque carecen de argumentos capaces de rebatir los planteos elaborados por mentes lúcidas, insobornables, que no se arredran ante el hecho de tener que desenmascarar a los hipócritas.

El conocimiento analítico conduce necesariamente a la evaluación de los hechos presentados, de las verdades impuestas, de lo que se supone que es cierto, aunque se carezca de las más mínimas pruebas para demostrar esa certidumbre.

Yo admiro a la persona de pensamiento claro y corazón dispuesto a enfrentar lo que venga, con tal de mantener la vigencia de su independencia de criterio, su convicción. Una de esas personas es un místico hindú de nombre J. Krishnamurti quien manifiesta, en un librito áureo de apenas 37 páginas: «*no debéis sostener una idea precisamente porque otros la sostienen, ni porque se haya creído en ella durante siglos, ni porque esté escrita en algún libro sagrado*» (...) *es necesario pues «aprender a pensar por sí mismos», que pese a la distancia en tiempo y cultura existentes, a mí me recuerda lo manifestado por Descartes en su *Discurso del Método*, cuando afirma que lo real es sólo aquello que sin lugar a dudas, puede ser probado, pues «la pluralidad de votos no es una prueba válida a favor de las verdades algo difíciles de descubrir, pues es mucho más verosímil que un hombre solo las descubra que todo un pueblo (...)*».

Por todo lo expuesto, estoy convencido de que la cultura debe poseer un carácter activo y vigente y que ella requiere de cultores insobornables por el

dinero, la fama o el poder. Claro que es un trabajo silencioso y sin satisfacciones. Yo se los puedo asegurar, soy un ejemplo y, si no quieren terminar como yo, con 50 años más de la edad que tienen, dando charlas y tratando de interesar a otra nueva generación, otros grupos juveniles y otros gobiernos, de lo importante que es la cultura para salvar al Paraguay del sitio donde entonces se encuentre, no me hagan caso.

Poesía

Vamos a la Poesía, así, con mayúscula.

Sin los conocimientos básicos que proveen la educación y la cultura, es muy poco probable que se pueda apreciar la poesía en su verdadera magnitud porque, al fin: ¿Qué es poesía?

El poeta Gustavo Adolfo Baecker, en la rima XXI, da una respuesta que me parece adecuada para comenzar esta parte de mi charla, por eso la transcribo:

«¿Qué es poesía?», dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía..., eres tú».

¿Cuál es el secreto de la poesía? ¿Por qué conmueve al alma? ¿Por qué nos transfiere a una dimensión distinta de la que pisamos en general durante el día y nos permite escapar, aunque sea por un momento, de toda esa vana angustia cotidiana? Creo que la respuesta es sencilla: la poesía nos aísla de la cotidianidad, de la lucha diaria, de las ataduras impuestas por nuestra condición de ser y existir. La poesía es el alma al desnudo, sin prejuicios; el alma capaz de desnudarse ante un público frío e indiferente que la observa desangrada en su afán por escapar del barro de la existencia ramplona y transformarse en mariposa y volar libre y sin compromisos en el paisaje edénico de la idea.

La poesía es una necesidad humana y para concluir esta larga perorata, les quiero leer algunos poemas de diferentes épocas, escritas por paraguayos que en su momento sufrieron persecución, cárcel, miedo, amor, todo lo cual no pasa de ser circunstancias que componen el panorama de cada vida, de cada uno de nosotros, de todos. Ahí van:

Ven dulce amigo mío, la casa es de silencio.
Mi casa solariega, poco a poco se aduerme
en esa misteriosa quietud de cosas mudas,
que nace con las sombras y con las albas muere.
«Soledad» de María de la Victoria Isaac, para la revista *Letras*.

«Lágrimas», de Juan E. O'Leary, *Letras*.

En el atroz tormento de mi vida
cual un fantasma voy a la ventura
abierto el corazón por una herida
como la boca de una sepultura.

Camino sobre espinas, agobiado
por la tenacidad de su recuerdo,
y sangrando mis pies, desesperado,
en una noche lóbrega me pierdo.

La busco, delirante por doquiera,
interrogo a la tierra y a los cielos,
sin ver que voy en pos de una quimera,
empujado por férvidos anhelos.

(...)

¡Hija del corazón, hija querida.
si con mi amor no pude defenderte,
con mi dolor disputaré a la vida
el paternal derecho de quererte!

(...)

Es que en mi corazón llevo su tumba,
y duerme su cadáver en mi pecho:
y ella responde al eco que retumba
de mi infortunio el huracán desecho.

La poesía no tiene fronteras que separen de la vida, la muerte. Es a un mismo tiempo, vida y muerte, contenidas en ese amplio espectro que confiere el

amor a la existencia humana porque, ¿qué sería el ser humano sin el amor, sin esa vibración intensa que lo vuelve consciente de su ser, de su presencia y exige de él, de su egoísmo, ceder algo de sí, entregarse para poder compartir las emociones de otro ser que forma parte de su vida y de su realidad?

Nos dice Manuel Ortiz Guerrero, en *Ofrendaria*:

Perdona, señora, la culpa no tiene
la alondra que canta, la tiene la aurora:
tú tienes la culpa: a esto que viene
trayéndote estrofas, perdona, señora.

O, en Aromas:

Vayan a tu boca de ánfora sangrienta,
en busca de mieles y perfumes santos,
cual pobres abejas en legión sedienta...
...Vayan a tu boca mis rosados cantos
(...)

Porque no lograron más insignes curvas,
lloran en tus formas los buriles griegos:
... Yo mis ojos temo, cuyas luces turbas,
de mirarte tanto que se vuelvan ciegos.

Me pregunto: ¿es posible comprender la belleza sin un gramo de educación y cultura? Sin una base elemental que nos provea la capacidad de apreciar la belleza en su manifestación más excelsa, cual es el de la poesía.

Les leo a un gran poeta que murió hace unos años: José Luis Appleyard, quien expresa en «*El tiempo*»:

Ya es ayer, pero entonces era siempre
un trasegar de horarios inmutables
desde la noche al sol.

Cada semana
era distinta e igual a la siguiente.
El niño desdeñaba el calendario
y su patrón reloj era el cansancio.
Edad sin equinoccios, sólo el tiempo
de ser feliz y entonces ignorarlo.

Es obligación de los jóvenes exigir a sus profesores, a las autoridades, al gobierno de turno, que les permitan conocer lo que es belleza, en lugar de empujarlos a ese mundo sin piedad, ni referencias, propio de la cibernética, útil herramienta que debe estar a nuestro servicio porque carece de alma, de razón, de sentimientos y mal administrada, solamente va a conseguir crear analfabetos, incapaces de comprender la belleza, es decir, incapaces de comprender nada.

No es cuestión de ideologías, sino de que haya en el ámbito de poder, gente honesta, no delincuentes disfrazados de personas de bien. ¿En quién recae la responsabilidad de exigir el compromiso de abrir las puertas de la cultura? Si nuestro país continúa en este oscurantismo, en esta hambrienta necesidad de encontrar alimento para su cuerpo y su espíritu, los responsables serán ustedes, los jóvenes que siguieron sumisos las órdenes emanadas de las estructuras vetustas e imbéciles que quieren arrojarnos al abismo de la ignorancia y la eterna postergación.

Una poetisa que está surgiendo y a mí me causa admiración por su manera de decir las cosas es Shirley Villalba, que tiene solamente un libro editado y varias poesías dispersas en revistas y antología. Leo esta, que es breve, pero siempre me deja un regusto dulzón, cuando lo hago, se llama «*Aguacero de luna*»:

cuando sus manos
mojan mi sombra
la humedad me traspasa
y escribe en mi sangre
un camino de luz
que se hace noche en mis venas
y me bautizo por fuera
y me baño por dentro
y me aguacero de luna.

Cuando me pongo a hablar de poesía, me entusiasmo y empiezo a recordar poemas que por algún motivo impresionaron mi memoria y sería cosa de nunca acabar, así pues, ya que recordamos los 200 años de nuestra independencia de la corona de España, adjunto un breve popurrí poético, que a más de los poemas ya expuestos, abarca diferentes épocas de nuestra vida independiente.

De Fulgencio R. Moreno

Oh! qué triste está la tarde
la neblina lentamente
como un húmedo sudario
sobre la tierra desciende.

Todo calla: el aire frío
que al pasar roza mi frente
algo tiene en sus caricias
tan helado que estremece.

Qué triste es mirar el cielo
a través del sombrío lente:
es un fondo impenetrable
que pueblan sombras de muerte.

El dolor que nos abruma,
el tedio que nos envuelve,
no tienen tintes tan fúnebres
como esa extensión inerte.

Oh! si hay peso más enorme
donde todo se adormece,
como una lápida inmensa
que sobre el mundo se extiende;

Donde las nubes inmóviles
en su mutismo solemne

semejan mudos guardianes
del infinito que duerme.

La siguiente es una interesante curiosidad por ser la única poesía que se le conoce a Blas Garay, de quien dijo J. Natalicio González:

No es al hombre, la efímera envoltura humana a quien lloramos, sino las grandes y vigorosas ideas apenas presentidas, muertas sin nacer, sin haberse vaciado en plásticas y perdurables formas, por la desaparición prematura de aquellos que pudieron darles vida mediante el poder mágico de su talento.

Transcribo el poema, que pareciera premonitorio.

Ya todo se acabó!... Del que otrora
amigo fuera, ya no queda nada
más que la mísera envoltura helada
del alma, del alma pensadora!

Ya todo se acabó!... Ya de tu vida
el corto trecho has recorrido todo
y a confundirte vuelves con el lodo
del que Dios hizo al hombre a su medida.

Ya todo se acabó!... La fatal hora
sonó ya para ti!... Tal es la suerte
del hombre: la guadaña de la muerte
corta su vida cuando está en la aurora.

Transcribo una parte del Tetã Purajhei³, el primer himno patriótico de la época del Dr. José Gaspar de Francia y cuyo autor fue Anastacio Rolón, poeta y guitarrista de Caraguatay, y se cantaba en guaraní porque el Supremo Dictador así lo prefería, según Auto del 20 de julio de 1831, como lo señala el historiador Roberto Romero. La versión completa se encuentra en el ya citado libro de Luís María Martínez.

3 Se respeta la grafía original del texto en guaraní.

Ñande yyvá, ñande recové,
ñane retame ya jhepymeémby guara,
ndo roheyai xene
iyacatúa peguá oñemomara.

Yaguareté Paraguay guá,
ocororo vaera iñaro ha huguype
oimehaixaguá motare'yimba, rahé,
ta iñañá, ta ihuguypy.

Uno quiere pensar, a veces, que los acontecimientos ocurren por casualidad, simple azar, como en este caso, cuando casi al cierre de la presente edición de la revista, revisando mi biblioteca, encontré un libro editado en el año 1940, en el cual el autor, Rogelio Urbietta Valdovinos hace un estudio biográfico del brigadier general Fulgencio Yegros, uno de los más destacados próceres de nuestra independencia patria, cuyo bicentenario se está festejando.

Conforme a lo acotado por el autor, estos poemas fueron escritos en prisión, con la ayuda subrepticia del sargento Jiménez Chimé, que luego de copiados, los entregó a Rómulo José Yegros, uno de los hijos del prócer « (...) estando incomunicado Fulgencio Yegros en una de las celdas más sucias, sin lápiz, y mucho menos sin cortaplumas, pues el Dr. Francia temía que este ilustre ciudadano, padre de nuestra patria, tomase la determinación de Caballero, suicidándose». El poema, que transcribo fielmente de la obra de Urbietta, dice así:

En plantar una esperanza
me perdí todos los años
y floreció un imposible
con frutos del desengaño.

Con gran cuidado busqué
un dorado pavimento
para poner allí dentro
la planta que cultivé
para regarla encontré
arroyos de confianza

y no se encontró mudanza
en mi intento verdadero
pues puse todo mi esmero
en plantar una esperanza.

Con cuidado la mantuve
planta tan particular
que de lágrimas un mar
en su simiento le tuve
al pie del árbol estuve
contemplando su tamaño
con un gozo muy extraño
de alcanzar su fruto y flor
y por cuidarla mejor
me perdí todos los años.

Con suspiros solamente
refresqué sus hojas verdes
como mi esperanza quiere
le decía continuamente
con vigilancia patente
con ingenio imprescindible
la mantuve aplausible
que pudo dar un botón
que cautivara el corazón
y floreció un imposible.

Viendo contraria mi suerte
me quedé tan sorprendido
que maldixé haber vivido
y luego busqué la muerte
si este trance tan fuerte
causó un dolor tan extraño
que el corazón con desmayo
me dixo haber florecido
aquel árbol tan querido
con frutos del desengaño.

Para concluir con este brevísimo popurrí, añado a tres poetisas de excelente textura y épocas disímiles, quienes han sabido elevar cantos al amor y a la alegría de vivir. Ellas son, Josefina Plá, que canta al amor en este soneto del año 1953, al que llama *Soy como el mar*.

*Soy como el mar: alta en estío,
vuelta la espalda a las sirenas.
Soy como el mar; tú, como el río:
corriendo siempre, no me llenas.*

*Soy como el mar; olas sin fin
desmelenándose en arena.
Soy como el mar; llanto ascendí
para que corras, onda plena.*

*Soy como el mar, y me olvidé
que mi salmuera fue rocío
Ay, el castigo que me eché.*

*Soy un mar que aplicase
su boca amarga a sólo un río
pidiéndole que lo endulzase.*

Nidia Sanabria de Romero, no tiene mucha poesía dedicada al amor, tal vez a causa de esa timidez ahora/ de pensar en otoño/ lo que fue en primavera. A ella se refiere Rudi Torga al prologar el libro *Balada de canto y musgo*: « (...) la mujer (...) continua sufriendo en nuestros días el embate de la marejada del neocolonialismo cultural» y agrega que «aún cuando la mujer ha conquistado el derecho de “decir” en nuestro país, inevitablemente debe continuar luchando para “vivir” (...). Y su lucha por la libertad de expresión en la poesía, no ha sido fácil (...). Porque decir es dar testimonio de sí, es entregarse en la palabra (...). Por eso no es poeta el que acumula palabras, sino el que concentra en su ser a todos los seres». En uno de sus poemas, la autora se refiere a «El rostro del amor» y nos dice:

Un día lluvioso
una rosa reseca
en el libro de recuerdos

una palabra olvidada
que hoy surge al labio
con temblor de adolescente
y la timidez ahora
de pensar en otoño
lo que fue en primavera.

Recordar las noches nuestras
esas mentiras a la luna
los castillos elevados
a la orilla del arroyo.

Un día lluvioso
el silencio profundo,
un pañuelo perfumado
me invitan
a desafiar al tiempo
y a rescatar de nuevo
el rostro desteñido del amor.

Y René Ferrer, quien sabe decirnos sus emociones cuando exclama:

El círculo de la luna, clara rodaja de fuego,
brota desde el horizonte buscando un puerto.

En sus colchones de harina se entrelazan nuestros cuerpos
tensos como arcos que gimen, de amor sedientos.

Del ropaje de los árboles, lenta, se va desprendiendo,
y nos cubren las cobijas del universo.

Una surgente de espuma -contenida que me arrebatara-
en sus pálidas mejillas se te derrama.

El zumo de tu deseo le coloca un halo de ámbar
que nimba la inmensidad como una lámpara.

Cuando el tumulto y la sangre ceden volviendo a la calma
duerme nuestro pulso exhausto sobre su nácar.

Mi mensaje final a los jóvenes: luchen, despierten, no caigan en las trampas tendidas, no se rindan, exijan sus derechos y cumplan sus obligaciones. Crean ustedes mismos sus objetivos y no descansen hasta llegar a ellos. Yo siempre creí en la juventud, porque es el arma secreta que puede acabar con el mal que nos rodea y, resumido en pocas palabras, se concentran en: la ignorancia, la mentira y la codicia.

Bibliografía

- APPLEBYARD, José-Luis. *Tomado de la mano*. Asunción: Napa, 1981.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo. *Rimas y leyendas*. Barcelona: Ramón Sopena, 1976.
- DESCARTES, René. *Discurso del método*. Barcelona: Altaya, 1993.
- KRISHNAMURTI, J. *A los pies del Maestro*. Traducción de Carmen Mateos de Maynada. 14.^a ed. Buenos Aires: Kier, 1981.
- MARTÍNEZ, Luis María. *El trino soterrado. Paraguay: Aproximación al itinerario de su poesía social*. Asunción: Intento, 1985 (Tomo I).
- *Revista Letras. Ciencia-Literatura-Crítica-Arte*. Números 1 al 6. Asunción: Zamphirópolis y Cia., 1915.
- SILVERO, José Manuel. *Cecilio Báez*. Asunción: El Lector, 2011.
- VILLALBA, Shirley. *Revista El Tren Rojo*, N.º 7. Asunción: Fondec, 2011.